

Rhetorica que trata de amplificar las cosas, en que el P. M. Fr. Luis de Granada fue eminentísimo; y querer poner las reglas, y traer exemplos de sus cláusulas, fuera trasladar sus obras: à cada paso se hallan estos primores, que son el nervio y gala de la oración: trata largamente esta materia en el libro tercero de la Rhetorica: platicó quantos preceptos alli escribe.

Si pareciere à alguno que son estas demasiadas reglas y sobrados requisitos para solo el estilo de palabras (y no hemos dicho la cenesima parte) quantos serán los de las cosas? y que basta decirlo como ello se viniere; que harto haze un Predicador en revolver los Sermonarios, sin obligarle à tantas circunstancias; que con un estilo llano se haze fruto, y fruta las mas vezes, sin tantas dificultades.

Se le responde que en todas las artes no son iguales todos los artifices; que un pintor insigne, un estatuario grande, que dá vida à los marmoles, se señalan entre mil del mismo ministerio, que pasan tambien su vida, mas con grande diferencia en la fama, y la ganancia. Para formarse un Fr. Luis de Granada eminente Orador, escritor excelentísimo, que ilustró su siglo, y pasarán muchos sin hallarse semejante, fueron menester todas aquellas partes, y otras muchas que juntó; y sin ellas no llegara à la eminencia que admiramos. Huvó un Ciceron en su siglo, que platicó quanto escribió en su libro del Orador; y en el nuestro el P. Fr. Luis de Granada, que si no le aventajó, se le igualó por lo me-

nos: y esto no se alcanza sin gran variedad de estudios en todas facultades, letras divinas y humanas, y continuos trabajos, apurando los primores de las artes, y executandolos. Confieso que son muchos, y que sola esta parte del lenguaje es sumamente dificultosa; porque es tan facil el hallarle achaques, que apenas hay alguno que carezca de ellos. Lllaman à los de la eloquencia demasiadamente culta y de excesivo cuidado, hermanos del trabajo; que sobre cada palabra se haze una consulta, y les cuesta el desvelo de una noche, y comerse una uña: acusan aquel estilo de afectado, afeminado, poetico; este elado, sin rastro de agudeza; el otro descaecido, sin algun esplendor y elegancia; este es ayuno y esteril, sin abundancia ò copia que le adorne ò le dilate; otro es triste, sin tener nada alegre, nada florido que atrauya al auditorio; este es desagradable, sin suavidad ò agrado; otro vil, vezino al abatido. En medio de tantos despeñaderos parecia buen consejo, que el que desea acertar en esta parte (haviendo visto lo escrito de Rhetorica Eclesiastica, que lo demás será caminar à tiento) leyese continuamente en las obras de Fr. Luis de Granada, que demás del fruto que sacaria su alma, y gran material para los sermones con la leccion atenta y ordinaria, iria bebiendo aquel estilo; que à vista de quantos le han considerado es perfectísimo. Con esto se asegura de dár en escollos de estilos extravagantes, que cuestan mucho trabajo al dueño para el descredito y desacierto.

## VIDA Y VIRTUDES

DEL M. R. Y VENERABLE VARON

EL P. M. FR. LUIS DE GRANADA,

DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO.

## LIBRO SEGUNDO.

### CAPITULO PRIMERO.

DE LA DESESTIMA CON QUE HABLÓ DE SU PERSONA.

**E**N los discursos del libro siguiente hemos de escribir copiosamente la estimacion que lo mejor del mundo hizo del P. M. Fr. Luis de Granada: los Monarcas, los Reyes y los Señores, los Pontifices y Cardenales, y otros Principes de la Iglesia, y, lo que mas es, los Santos y varones de espíritu, y comunmente todos; como lo verá el que devoto de este varon del Cielo, gustare de leer sus merecidos elogios. Veamos aora entre tantos honores y alabanzas qué estimacion tenia él de sí, qué concepto de su persona, cómo hablaba de ella y de sus cosas: y para este punto pido la admiracion à todos; porque verdaderamente de pocos hombres que llegaron al colmo de honor que este insigne varon, se escribe lo que veremos.

Comunmente los de humilde nacimiento, ò que de baxos principios suben à ocupar grandes lugares (los antiguos los llamaron hombres nuevos) desvanecidos con la honra advenediza, se alzan con ella; adolecen de cabeza, de suerte que se hazen aborrecibles. Los puntos de soberbia no se hallan de ordinario sino en gente de obscuro nacimiento. Ninguna cosa procuran mas, que encu-

brir las humildades antiguas, y fortuna en un tiempo miserable; y algunos ignorantes suelen traerles à la memoria cuentos de aquel temporal, y pensando ganar gracia, consiguen aborrecimiento.

No asi los siervos de Dios; que como su principal intento es humillarse, en ninguna cosa mas estudian, que en buscar motivos para conseguir esta virtud. Desean que la Magestad divina labre en sus almas un edificio grande de virtudes: para esto aprenden mucho en deshazerse, porque quan profunda fuere la humildad y desprecio de sí mismos, tan copiosas serán y abundantes las riquezas; y tesoros divinos que en ella descargarán: porque todo el vacío que esta virtud haze, deshaciendo el sujeto donde se asienta; el Espíritu Santo le llena con sus dones: y si bien (dice un Doctor) no es la madre de las virtudes, ni causa, principio y origen de donde salen; pero desembaraza la posada para que entren todas con la caridad, que es la Reyna y madre de ellas.

Esta proposicion, tan cierta en las materias de espíritu, será argumento que ha de probar claramente quantas y quan heroyicas fueron las virtudes del

Padre Maestro Fr. Luis de Granada. Colegiránlo facilmente los que saben los primores de esta arte y grados de la humildad, y en qué parage se halla un alma que anda à caza de sus abatimientos y desprecios. No es lugar este de tratar de esta materia, de que están los libros llenos; solo nos toca decir quales fueron las virtudes à quien hizo tan gran capacidad la humildad; quan levantado el edificio à quien se abrieron tan profundos los cimientos; qual la santidad à quien hizo lugar humildad tan rara.

Entró en el mundo el V. Fr. Luis con la humildad y pobreza que diximos en los primeros pasos de esta Historia: tuvo siempre tan presentes sus principios, trahíalos tan delante de los ojos, y comunmente en la boca, que con ligera ocasion los repetía: tan lexos estuvo de que le fuesen de empucho, que parece los estimaba por lo que le aseguraban la humildad.

Residiendo en Lisboa, sobrevino un hivierno riguroso, los frios extraordinarios (la edad del P. M. era ya mucha) pedian todo regalo, y por lo menos abrigo. Dixole su compañero: Padre Maestro, el hivierno es cruelissimo, V. P. ya muy viejo y cargado de achaques; no tiene fuego en la celda, ni le consiente; levántase de mañana, y para decir Misa vá por casa expuesto al ayre y al frio, mayormente yendo tan desarrapado: deme pues licencia V. P. para mandar hazer un argayo (es una ropa de abrigo que se pone sobre los habitos, que se llama asi en la Orden) para que se vista sobre la saya, con que se repare y defienda del frio. No hay para qué, respondió el bendito varon, que aunque ando falto de ropa, como he pasado tantos hiviernos, pasaré este con el ayuda de Dios: y demas de esto nuestra capa basta contra el frio y viento. Viendo el compañero que la capa era de anascote, conforme al estilo de aquella provincia, y vieja y remendada, y sin ninguna substancia ni pelo, como capa de doce años de servicio, porfiaba en su intento, en

especial por verle algunas vezes temblar de frio: pero no se dexó doblar; y viendole que perseveraba instando, le dixo el santo varon con alguna mesura, como tan amador de la pobreza y humildad: Padre, no trate mas de ello, que yo me crié medio desnudo, y mi madre con una mantellina mas vieja que nuestra capa me cubria; y ella pobre, y yo desarrapado, íbamos à la porteria de Santo Domingo de Granada con nuestra ollica, y en ella trahíamos un poco de caldo, y unos mendrugillos, de que nos sustentabamos. Muchos pobres mejores y mas honrados que yo hay en la ciudad, desnudos y muertos de hambre: el dinero del argayo reparalo V. R. entre ellos; y dexeme à mí, que ando mas bien tratado que merezco. O prodigiosa humildad! Quién con tan ligera ocasion, siendo tan tenido y respetado de los Principes del mundo, visitado y acariciado de toda la Nobleza de Portugal, y que à sus pies se arrodillaba una Reyna, hiziera tal confesion, tan larga, de tan grande pobreza y abatimiento? Podia el P. M. Fr. Luis de Granada no admitir el argayo, representando algun pretexto honesto, sin hablar de la pobreza, que havia prescripto olvido con tan larga antigüedad. No lo hizo así, porque sabía muy bien el estilo que guardaron en esta parte los Santos, que fue tener presente lo que havian sido, contra los humores que suelen levantar las honras en el mas cuerdo; que no es de todos estar en la cumbre de la dignidad sin peligrar la cabeza; es de los sabios asegurarse por quantos medios pueden. Confundanse con este exemplo los soberbios y desvanecidos, que viendo con dos adarnes de honra, niegan ò mudan sus padres, ni conocen parientes muy cercanos.

Estando en Setubal entendiendo en la fundacion del Convento de San Sebastian, despues de haver sido Provincial, y estar en el predicamento que hemos visto, le visitaron unos arrieros de Andalucia, ò, lo mas cierto, de Galicia,

cia, que havian venido à cargar pescada. Havia entre ellos algunos que en la verdad eran sus deudos. Recibiólos à todos con tanta fiesta y amor, como si fueran unos Cavalleros; partió con ellos lo que tenia para su gasto, sin perdonar genero de agasajo. Estremada humildad! Supieronlo otros del mismo ministerio, y pensando gozar del agasajo mismo que sus compañeros, acudieron à verle y darsele por sus parientes. El santo viejo con una boca de risa decia con mucha gracia y afabilidad estas palabras: Algunos arrieros sabia yo que eran mis parientes, pero no pensaba que eran tantos. Palabras y humanidad que pedian la eloquencia de Demosthenes para encarecerlas, y aquella candidez y bondad de animo sincero, que sobrepuja todo pensamiento. No es de menos admiracion el caso que se sigue.

Hallóse pocos años antes que muriera con algun dinero ganado con su sudor, (era procedido de sus impresiones) quiso hazer una limosna gruesa à su Convento de Granada con licencia de sus Superiores: agradecimiento y reconocimiento honroso. Las palabras con que ofreció la limosna, son mas dignas de memoria que la obra; escribió al Prior: Que en los libros del recibo mandasse hazer asiento, que Fr. Luis de Granada, hijo de la lavandera y amasadera del Convento, por ser hijo de habito del mismo Convento, embiaba aquella limosna. Dexó en duda con este hecho quien tuvo aqui primer lugar; si la caridad, acudiendo à casa pobre, que era madre; si la humildad, en darsele à conocer por hijo tan pequeño. Mas era tal el bendito varon, que quanto mas illustre y levantado se vía en el mundo, tanto mas cuidado tenia de humillarse y abatirse, y reconocer sus principios.

Haviendo ido Don Pedro de Granada, Marques hoy de Campo-Rey, Mayordomo de la Reyna nuestra Señora, del Habito de Alcantara, recién ceñido espada, à servir al Rey Don Phelipe Segundo à la jornada de Portugal, de

Tom. I.

orden de su padre fue à visitar al P. Fr. Luis de Granada à su Convento (havia tenido amistad estrecha con el Padre Fr. Phelipe de Granada de su habito, tio de Don Pedro, y era mucho de su casa.) Alegróse Fr. Luis notablemente de verle; preguntóle por algunas cosas de Granada, en particular edificios, que quando salió se empezaban, y estaban ya viejos; y el santo varon con gran donayre dixo: Estas mis preguntas parecen à las de los siete durmientes. Dixole Don Pedro lo mucho que le estimaban, porque les havia honrado con sus obras su apellido de Granada, ò palabras que él pudo colegir que Don Pedro podia tenerle por su deudo. El santo Fr. Luis con gran sinceridad dixo: Pobre de mí, señor, que soy hijo de una panadera de la Alhambra. Don Pedro admirado de tan profunda humildad y desprecio de las cosas humanas, se le arrodilló, y porfió hasta tomarle las manos y besarlas.

Era en él tan ordinario hablar en la humildad de sus principios con ocasion ligera, y alcanzó tan gran desprecio de sí en este particular, que en la oracion funeral de sus honras gastó el Predicador gran parte del sermon en referir cuentos y dichos suyos que él le havia oído cerca de su humilde nacimiento.

Esta humildad tan profunda es de mayor admiracion, si se pondera que hablando moralmente, era imposible saberse los humildes principios del Padre Fr. Luis de Granada, si él mismo no los publicára. Los dias que con su madre se sustentó con pobreza, fueron pocos, y por ventura no hubo quien lo notasse ò supiesse; y si algunos, havia muchos años que eran muertos; porque quando él lo contó, havia setenta ò por ventura ochenta años que havia pasado, en que se muda el mundo. Hallabase en Portugal, Reyno diferente, y tantas leguas de Granada: quien pues podia saber quien fueron sus padres, qué estado, qué ministerio; no digo en Lisboa, sino

L.

en

en Granada, de donde havia que faltaba quarenta ò cinquenta años? Quando entró en Portugal, era hombre tan grave como vimos, Religioso de la Orden de Santo Domingo (donde hay tanta nobleza, y todos de lo mejor y limpio de los pueblos) Colegial de San Gregorio de Valladolid, (la mayor calificación de la Orden) Prior de algunos Conventos, despues Provincial, Predicador y Confesor de la Reyna: pudo darse los visos que quisiera, sin haver quien le tirára de la capa. Y si esto no era de un hombre de bien, por lo menos callando fuera tenido en gran predicamento, hijo de una familia honrosa, que eso mostraba su autoridad y terminos, sin haver hombre en el mundo que pudiesse deponer de lo contrario. Sobre esto fue tan grande su humildad, como hemos visto, y publicando tantas vezes sus principios: de que tomaron ocasion sus Historiadores de alargarse tanto en esto, è inculcandolo lo estendieron demasiado y sin fundamento, mas que una verisimilitud del cuento del argayo; y quatro dias que duró aquella pobreza, la prorrogaron años à tienta. Y lo cierto es que quando entró en la Religion mozo de raras partes y esperanzas, havia muchos años que pasaba con honesto luzimiento, y sugeto que pudo muy bien ser pretendido: y así lo mostraron los Superiores (que ni tuvieron noticia, ni pudieron de aquellas pequeñezas) admitiendole con tanto gusto, dandole sazoadamente los estudios, y en la primera ocasion el Colegio de San Gregorio, y los mejores puestos de la Provincia: y à no haver el compañero publicado lo que oyó, y no haverlo dicho Fr. Luis, era imposible saberse aquella pobreza, ni el ministerio ò ocupaciones de su madre, que tanto repitió el varon santo para asegurar su humildad.

Tengo por muy cierto que su padre no tuvo aquel oficio, como alguno ha querido colegir de la ocupacion de la madre. Estando visitando el P. M. Fr. Juan de Arriola, de la Orden de Santo

Domingo, Provincial que fue del Andalucía, y Vicario General, y al presente Prior de Santa Cruz de Granada, à la Marquesa de Zahara Doña Victoria, madre del Duque de Arcos que hoy es; hablando del Padre Fr. Luis de Granada, le dixo: Criado fue de esta casa su padre, y muy honrado, (hablando de la casa de los Marqueses de Mondejar, donde estaba aposentado en el Alhambra) y es cierto que tan gran señora no lo diría sin tener gran fundamento. Esto se hace mas creíble por haverse criado Fr. Luis en la casa del Conde de Tendilla, (fueron despues Marqueses de Mondejar) ò como hijo de criado, ò por la ocasion que diximos; el haver su madre venido à pobreza, pasa cada dia en el mundo; y pocos años que se haya vivido en él, se vén grandes fortunas reducidas à miserias, y los que ayer dieron libreas, pedir despues limosna. Y sin duda, como advertí al principio, su madre acudió à los ministerios que diximos, mas ayudando, que por principal ocupacion; que comunmente se dán en los Conventos à personas de caudal. Y lo que dá mas color à estas congeturas mias, es, que el bendito Fr. Luis nunca tomó en la boca à su padre, por lo que le pudo ser de honor; así de la humildad y pobreza de su madre como verdadero humilde; de quien dice S. Bernardo: *Verus humilis vilis vult reputari, non humilis predicari, & gaudet de contemptu sui*. El verdadero humilde desea ser tenido de los otros en poco, no por humilde, sino por vil, y gozarse en ello.

Suponen estas acciones tan gran cumulo de virtudes, que pedían la eloquencia de un San Geronymo, de un S. Juan Chrysostomo, para darlas su cabal. Estimaba el varon santo aquella preciosa filiacion de ser hijo de Dios, y heredero de aquel Reyno en que todos sus moradores son Reyes y coherederos con Christo; y à vista de esta nobleza la calidad mayor ò menos buena la tenia por una cosa de viento. Supo estimar qué

es ser Christiano: esta tuvo por summa nobleza, y de lo demás cuidó muy poco, à trueco de asegurar la humildad: y así se armaba con estos actos de vilipendio proprio, que rebatiessen qualquier acometimiento de vanidad y soberbia. Estaba lleno de Dios, y rico con posesion tan preciosa; estimaba en viles pajas quanto estima y precia el mundo, si esto le havia de apartar un punto de aquel colmo de virtud à que aspiraba. Jactense otros de la alteza del linage, y que por varias lineas tocan al centro de la mayor nobleza: cuenten de sus progenitores victorias, triunfos, generosos titulos, y descender de Reyes; que al P. M. Fr. Luis de Granada le ha de hazer mas glorioso en este y el otro siglo la humildad de su linage reconocida por él con sumision tan grande. A muchos los claros ascendientes ocasionaron ser malos y soberbios, y dieron inmunidad para los vicios. De la pobreza de sus padres sacó Fr. Luis grandes merecimientos: con los buenos ganó opinion de santo; de Dios gloriosissimas coronas. Imitó en esto dos grandes espiritus de su Religion sagrada, que honraron el principio de este libro, y autorizarán sus partes medias.

Prendieron en los principios del Pontificado del Santissimo Pio Quinto à un hombre plebeyo, de pensamientos tan viles, que ver premiada la virtud le era rabioso tormento: puso un pasquin en parte publica contra el santo Pontifice, diciendole afrentas de su linage; delito sugeto à graves penas: y en este caso podian estenderse à la vida, por la gravedad del caso. Consultado Pio del castigo, respondió: Que si de la Dignidad Pontifical havia dicho mal, que la injuria de Dios no podia perdonarla; mas si de Fr. Miguel, y de la baxeza de sus padres, él mismo se lo decia mil vezes: tan lexos estaba de agraviarle, que le hazia provecho, poniendole delante lo que le era lastre contra los vientos de la vanidad. Hizole tras esto parecer, y agonizó no le infamasse con el pueblo, y

pidióle le amonestasse de lo que en él hallaba digno de reprehension, que lo enmendaria; y lo embió libre. Tan generosos animos dignos son de la Tyara de San Pedro.

No pide menos admiracion lo que hizo Fr. Nicolás Terevisio, de quien diximos en el principio de esta Historia que de hijo de un pastor fue asumpto al Trono de San Pedro, y se llamó Benedicto XI. Cuentan las Historias de aquel tiempo, que yendo su madre à Peróna à visitalle, salió la Corte toda, que allí residia, à recibirla: y la buena vieja havia procurado venir con mas autoridad de la que se usaba entre las ovejas que guardaba su marido. Quando el Papa su hijo la vió, hizose muy de nuevas, como que la desconocía; y mandóla salir afuera (de que ella quedó muy corrida, y los que la havian acompañado) diciendo que él no tenia madre que pudiesse venir tan bien vestida. Y la pobre madre con mejor consejo tornó otro dia con su sayal, y aderezos de pastora, quales ella los solia traer en el monte, y al tiempo que le parió en la cabaña. Y el Papa salió à recibirla, y abrazandola, y honrandola todo lo que un obediente hijo debe à su madre, dixo à los que allí estaban: Esta es mi madre, y la cosa que yo mas quiero; con el otro habito yo no la conocía, mas agora sí; su hijo soy, y como tal he de servirla; y así lo haveis de hazer los de mi casa, en esta pobreza en que me parió. Así lo refiere el Padre Fr. Hernando del Castillo en el libro primero, en el capítulo 50. de la Historia de la Orden de Santo Domingo.

## CAPITULO II.

*De la mansedumbre, humildad y composicion exterior è interior del P. M. Fr. Luis de Granada.*

EL principal estudio del P. Fr. Luis de Granada, como el de todos los Santos, fue la imitacion de Christo Re-

demptor nuestro : y aunque este divino Señor fue exemplar de todas las virtudes, mas en la que con especialidad pidió que le imitásemos, fue en la suavidad y agrado de su buena condicion. Deprended (dixo) de mi, que soy manso y humilde de corazon. Esta mansedumbre de Christo Señor nuestro fue tan grande, que dixo de él Isaías : No apagará una estopa que humee, ni una caña quebrantada la quebrará. Sobre ser infinitos los bienes que hizo à los hombres, y las razones que podian conciliar su amor, quiso asegurarle con un animo manso y humilde, y una condicion dulcissima, que atraxesse à los hombres à su trato y comunicacion : y asi convino que la humildad y mansedumbre entrañable que tenia Christo en su alma, atraxesse à los corazones humanos, sin que les arredrase la alteza y universalidad del saber y poder con que sobrepuja à todas las cosas criadas. Dispuso pues la divina bondad que aquella omnipotencia soberana le templasse con llaneza ; porque comunmente toda magestad y grandeza en los corazones bajos no engendra aficion, sino admiracion y espanto, y mas retira que allega ; y asi era dificultoso que un corazon flaco y mortal que considerasse la excelencia sin medida de Christo, se le aplicasse con fiel aficion, y con aquel amor familiar y tierno con que quiere ser de nosotros amado, para que se nos comuniquen su bien, si no le considerara no menos humilde que grande : y si su Magestad nos encoge, su inestimable llaneza y la nobleza de su perfecta humildad despertará osadía y esperanza en nuestra alma. No desdice de la naturaleza divina ser infinitamente alta, y llana infinitamente ; y si este nombre de humilde puede caer en ella, en la manera que puede caer, es humilidissima, pues se humilla à criar y conservar un gusano, una hormiga, y otros animalejos pequeños, cuyos cuerpos conocemos mas que los nombres.

Los que mucho comunican à este

manso y apacibilissimo Cordero, se les pega su condicion y espíritu, y les haze semejantes à sí en la humildad y trato suave : calidad tan necesaria en los que han de regir almas, por ser instrumento grande para atraerlas à la verdad, y ganarlas para Dios. Entre todas las virtudes del P. M. Fr. Luis de Granada, que fueron sobre manera grandes, campeó esta mansedumbre y dulzura de condicion, y una llaneza religiosa, con que ganó las voluntades de todos con gran aprovechamiento de las almas.

Fue humilidissimo de corazon, agradable en la conversacion y trato : era en fin la misma mansedumbre. No es la nieve mas candida que fue su pecho, ni los panales mas dulces que su condicion, suavidad y agrado. Y con aquel tan grande entendimiento que tenia, y un juicio tan claro, tuvo la sencillez de un niño de dos años : solo conocia el bien, è ignoraba el mal ; de tal manera, que qualquiera muestra de virtud le llevaba tras sí, y ningun vicio podia imaginar en aquellos que él trataba ; y quando no podia la obra, alababa la intencion : y asi era tan amigo de toda persona virtuosa, que parecia encantado : llevaba le el corazon y los afectos.

Era tan apacible, que jamás le vió persona enojado, ni dixo palabra en su vida con colera è enojo, ni levantando la voz descompuestamente. La composura exterior con que acompañó su pobreza, fue de las mas raras que en el mundo se han visto, demostradora de la interior, humilde y santa ; que fue tan grande, qual nunca se oyó ni vió mayor en otra persona. La misma composicion tenia en la celda de noche que de dia ; en la fuerza del calor, que en el rigor del frio ; en público, que en su retiro ; hablando con la Reyna è el Infante, que tratando con el hombre mas humilde del mundo : la voz siempre en un tono, sin levantarla mas una vez que otra ; los ojos de ordinario fijos en la tierra ; la capilla siempre en la cabeza.

De-

Decia su compañero, que consideró esta virtud con mucha diligencia y vigilancia, que nunca le vió una mano fuera del escapulario, sino es para hazer algo, ni un pie fuera del orden del otro, è sobre la rodilla ; è levantado descompuestamente : finalmente conservó siempre el estilo que aprendió en la casa de Novicios ; no hubo en el mundo relox tan concertado, como fue su vida y composicion modesta y apacible. El Apostol San Pedro, hablando del alma que en el acatamiento de Dios es rica y agradable, dice : *In incorruptibilitate quieti & modesti spiritus, qui est in conspectu Dei locuples*. Un animo que no se mueve ni altera por las cosas del mundo que se temen è desean, esento è incorruptible de los apetitos y pasiones : à estas almas llama quietas y modestas ; las quales en el juicio y estimacion de Dios son sobre manera ricas y preciosas, especiosas, superiores à las cosas terrenas, proximas à Dios, herederas del Cielo y Reyno eterno. Esta felicidad alcanzó la humilde alma de este santo varon, que con mucha razon se pudo llamar quietissima y modestissima, tenida de Dios por hermosa y rica.

Juntas resplandecian en el V. Fr. Luis de Granada la humildad interior del corazon con la exterior que se via ; y la una procedia de la otra : porque la verdadera humildad del corazon no solo es conocimiento de sí mismo ; sino desprecio tambien de sí mismo. Y à este desprecio pertenece que tal se muestre el hombre por de fuera, qual se estima de dentro, y asi como se despreció interiormente, y en sus mismos ojos, se tenga por indigno de toda honra. Quan cierto fuesse esto en Fr. Luis, mostró una respuesta suya notable, que reservamos à este lugar. Halláremos en el capitulo decimo del libro tercero el arbitrio donoso que le dió su compañero para juntar dinero para dár limosna : era traerle por las principales ciudades de Europa, para que entrassen à vér aquel hombre que

la tenia admirada ; y que no havia quien con gusto no diese su dinero. Respondió el P. Fr. Luis con una humildad profunda : Tiene V. R. razon, que nadie dexaria de acudir à vér un monstruo tan grande y disforme. O aludió à que yá con la edad estaba feo, è, à lo mas cierto, al vil concepto que tenia de sí, que era tan baxo, que se llamó monstruo grande.

Todo esto procedia en el Padre Fr. Luis de Granada, de ser verdadero humilde, y desear ser despreciado : y no solo queria parecer humilde, sino vil. A todos se sujetaba, à todos obedecia, à todos honraba ; à nadie reprehendia indebidamente ; no se airaba, no usaba de palabras, de movimientos ni gestos que tuviesen imagen de hyproesia. No escudriñaba con curiosidad los secretos de Dios ; no deseaba vér señales ni pruebas de su bondad ; no era doblado ni malicioso : no confiaba en sí ni en sus obras, por buenas que pareciesen, sino toda su esperanza ponía en Dios. Sus palabras, sus meneos, su aspecto, como de verdadero humilde : era manso, devoto, dulce, benigno y gracioso : todas estas eran demostraciones de verdadera humildad, que para todo le fue de gran provecho.

Esta llaneza y afabilidad tan grande es mas admirable en un hombre consumadamente docto en todas letras, divinas y humanas : calidad con que no se topa à cada paso. No sé qué infelicidad tiene con muchos la gran sabiduria, y ser insignes en letras, admiracion en cathedra è en pulpito, que se les pega una severidad desapacible, è sequedad desabrida, que son para los de fuera inaccesibles, con los de casa se hazen intratables, con un genero de entono que les concilia poca benevolencia, sin humillarse à aplicar aquellos talentos grandes à las necesidades de los pequeñuelos, ni tratan de ganar las voluntades y las almas ; y asi su ciencia es esteril y sin fruto ; y si ván declinando en la edad, son insufribles. No asi el P. M.

Fr.

Fr. Luis, que siendo un hombre grande y admirable, las templó con tan rara mansedumbre y afabilidad, que no menos ganó la estimacion y veneracion, que el amor y voluntad de todos, y tras las voluntades las almas para aquel Señor cuyos negocios hazia.

No pide menor ponderacion, que esta sinceridad y mansedumbre se haya conservado ilesea en medio de tantos aplausos y favores, de tantos encomios y alabanzas como verémos. Y à no haver sido su humildad tan firme y bien fundada, pudiera haver corrido fortuna, y se huviera visto à pique de perderse y anegarse: mas el P. M. Fr. Luis estuvo siempre inmóvil, qual el escollo contrastado y azotado de las soberbias olas del mar. Estaba en el rincón de su celda, como si nadie se acordára de él, y le tuvieran todos por la escoria y basura del mundo: porque el edificio christiano de sus virtudes no estaba fundado sobre flaca arena, sino sobre una profundissima humildad, que es la firme piedra que asegura y haze estable todo lo demás que sobre ella se edifica y carga: ella era la que en medio de tantos favores y alabanzas le hazia desviar los ojos de ellas, y ponerlos en su baxeza y nada.

A que se debe añadir, que no hay cosa de que asi se pague un hombre, como de los partos del ingenio, mayormente quando doctos llevan la admiracion y aclamaciones de todos. Ningun hombre en el mundo pudo peligrar por esta parte, como el Padre Fr. Luis; porque se oía en el pulpito (quiero decir, sabia lo que decia, y como lo decia, y del modo que era oído y admirado) leia sus escritos, prodigios de erudicion y de eloquencia; alababanselos, y justamente todos; decianle quan bien recibidos eran por las naciones del mundo, y de todo genero de personas, y que se aprovecharon de ellos grandes, pequeños, doctos, indoctos, sabios, ignorantes. Respondia con grande humildad que él se contentaba con que por medio de to-

dos sus trabajos se salvase una sola alma; y se desconsolaba con extremo en que le alabassen de eloquente y de retorico; y la Rhetorica que compuso, no fue mas (decia él) que mostrar los errores de los que seguian autores profanos, y para que ya que se daban à ese genero de estudio, tuviessen guia à quien seguir sin peligro.

Ultimamente aquel es supremo grado de humildad, quando teniendo el hombre grandes virtudes y dones de Dios, y estando en grande honra y estimacion, no se ensobervece en nada, ni se atribuye à sí cosa alguna, sino todo lo refiere y atribuye à su misma fuente, que es Dios, del qual procede todo bien. Este grado de humildad es de grandes y perfectos varones, que quanto mayores son, tanto mas se humillan. Dice admirablemente San Bernardo: *Magna & rara virtus profectio est, cum magna opereris, magnum te nescire; cum omnibus nota sit sanctitas tua, te solum lateat; cum omnibus mirabilis appareas, tibi soli vilesceas.* Grande y rara virtud es que obre uno grandes cosas, y que él no se tenga por grande, sino por pequeño; que todos le tengan por santo y varon admirable, y que él se tenga en poco: *Hoc ego ipsis virtutibus mirabilis judico.* Por mas admirable juzgo esto (dice el Santo) que las mismas virtudes. Este sublime grado de humildad se vió en el Padre Fr. Luis, que teniendo recibidos de Dios tan grandes dones y virtudes, y hecho en su servicio tantas cosas, se tuvo en la estima vil que hemos visto.

Por remate, para que se tenga justo reconocimiento de la gran humildad y mansedumbre de este insigne varon, ruego al que esto leyere, que junto à las grandes letras y talentos de Fr. Luis la estimacion que tuvo de él el mundo; que las Tyaras y Coronas, los Capelos y Mitras se emplearon en sus alabanzas. Está lleno de su fama el orbe, admirarse sus celestiales escritos, haversele ofrecido en premio de sus trabajos Ca-

pelos, Palios, Mitras, y no haver vivido en su tiempo hombre mas estimado, no siendo Principe, y, lo que es mas, está su alma enriquecida de grandes dones de Dios y sus favores; y sobre esto llamarse y tenerse por monstruo grande y disforme, y estar continuamente con ocasion y sin ella refiriendo la baxeza de su nacimiento, el humilde ministerio de su madre, la pobreza con que se crió, y estando sin cesar envileciéndose: el que esto considerare atentamente, no puede dexar de confesar que cosas tan grandes, tan raramente vistas, no procedan de una gran santidad, y un animo profundamente humilde.

Dé fin à este capitulo un acto raro de humildad, modestia y obediencia: fue esta en el santo Maestro, como las demás virtudes, perfectissima. Jamás tuvo propria voluntad, tan resignado siempre en la de sus Perlados, que nunca se halló en él alguna repugnancia, ni diferencia de quando era Frayle particular, ò despues de haver sido Provincial. Un dia le mandó llamar la Reyna Doña Cathalina: el Padre Fr. Luis se fue con la capa en la mano à la celda del Prior, y le dixo delante de la persona que le vino à llamar, como la Reyna mandaba fuesse à Palacio. El Prior con alguna sequedad le dixo que como le venia à pedir licencia con la capa en la mano? que aquello no era pedirla, sino tomar-sela; que se escusasse por entonces con la Reyna, y se volviesse à la celda, que no queria darle licencia. El Padre Maestro Fr. Luis de Granada sin replicar palabra, con notable mansedumbre, hecha la vénia se volvió à la celda, y no fue aquel dia à Palacio, sino el siguiente, que el Prior se lo mandó. No fue falta de valor no replicar al Perlado (que en ocasiones sabia tenerle aun con los Príncipes) sino un santo rendimiento, y una obediencia humilde, una mansedumbre de un cordero. Algo parece este suceso duro; mas fue certissimo: la severa disciplina de aquella Provincia

llevaba que el Confesor de la Reyna estuviesse en su Convento, tan sujeto al Prior como los demás Religiosos, expuesto al despego ò sequedad que hemos visto; y esto en un hombre tan eminente y santo como el P. Fr. Luis de Granada, y que havia sido Provincial.

## CAPITULO III.

*Del desprecio de las cosas del mundo que tuvo el P. M. Fr. Luis de Granada, y amor à la pobreza.*

CON esta humildad y mansedumbre, por tantos caminos rara, se juntó en el P. M. Fr. Luis un animo generoso, y un corazon magnanimo y verdaderamente grande, despreciador de quanto tiene el mundo. Una de las cosas en que este santo Doctor mas se esmeró, en que mas desplegó las alas de su eloquencia, fue en desacreditar las glorias y resplandores del mundo, las dignidades y honras, tras que se va desalado el corazon humano. Es maravilla como aniquila, como infama lo que en los ojos del hombre tiene tan grande estima; como exagera la brevedad de su felicidad, sus miserias, sus peligros, las ceguedades, pecados y engaños que se padecen, è incurren los que anhelan à estos puestos: excedese à sí mismo en el capitulo 29. del libro de la Exortacion à la Virtud, en la Guia de pecadores, donde con eloquencia divina prosigue estos intentos.

No fue este varon del Cielo de aquellos de quien dixo el Salvador del mundo que dicen y no hazen; antes le alcanzó llenamente la promesa que el mismo Señor hizo à los verdaderos Maestros Evangelicos: El que hiziere y enseñare, será grande en el Reyno de los Cielos. Su vida fue execucion, fue practica de su doctrina, y uno como comentario de lo que enseñó en el volumen grande de sus escritos. No le embarzó quanto con amor ciego adora unicamente la tierra: tan superior à todo, olló

sobre la ambicion de las honras, hecho verdadero Señor y Rey de sí mismo: tuvo un corazon alto y generoso, y perfectamente Christiano: todo lo que era menos que Dios, fue pequeña cosa para lo que cabia en su animo; y riquissimo dentro de sí, estimaba por vil è indigno de sí à todo lo que estaba fuera de él, y que se viene y vá con el tiempo; no apetecia menos que à Dios, ni tenia por dignos de su deseo menores bienes que el Cielo: los del mundo no le debieron un volver de ojos.

Con la fuerza de sus meritos y exemplarissima vida ganó la estimacion y afecto de quien, sin costarle un paso, le pudo dár las primeras dignidades del Reyno de Portugal, donde pasó la mayor y mejor parte de su vida: desprecio quanto podia prometerse de la gracia del Cardenal Infante, ò Arzobispo de Evora, ò Governador del Reyno, ò Rey en propiedad: no sacó de él un real de renta, ni una pension, ni una alhaja con que adornar su celda; ni entraba en Palacio no llamado, ni se valió del amor de tan gran Principe mas que para socorrer necesitados, y alentar à miserables; en que empleó la gracia de los Principes, sin que le levantasen el pensamiento à la menor medra del siglo.

Era Confesor de la Serenissima Reyna Doña Cathalina, Predicador de los Reyes de Portugal; no quiso aceptar titulo de Predicador ni Confesor, ni gages, que llaman ordenado; antes lo rehusaba, y huía todas las ocasiones de preciarse de ello; prescindiendo el primor de su pobreza de espíritu lo trabajo del oficio, que aceptó por no poder rehusarlo, de lo honorífico y autorizado que es lo que mas se apetece.

En la vida que escribió del Arzobispo santo de Braga Don Fr. Bartholomé de los Martyres, tratando de su eleccion, en que él fue no solo parte, sino el todo; refiriendo los deseos de la Reyna en hallar persona de grandes letras y virtudes à quien encomendar aquella

Iglesia, dice asi: En este tiempo un Padre que confesaba à su Alteza, y tenia muy familiar conocimiento de este Padre, le dió informacion de sus letras y virtud y religion. Encubrió el venerable Fr. Luis con humildad su nombre; no quiso intitularse Confesor, que mira à titulo; solo usó de las palabras del ministerio, encubriendo su nombre, por el honor del hecho, y cabida en la gracia de la Reyna.

Qué palabras podrán dignamente engrandecer aquel valor Apostolico de repudiar el Arzobispado de Braga, sin que la autoridad de la Reyna, que se lo mandó por su persona, la propension de su voluntad, aquel ruego, que en los Reyes es imperio, fuesen parte para poderle mover de su proposito. Atrincheróse en su celda, donde resolvió morir, contra los continuos asaltos que en tiempo del Rey Don Sebastian le hizieron en qualquier grande ocasion de vacante de Obispados que se ofrecia. Afiósele el Capelo dividido tan de lexos, y no se quietó hasta verse libre de este honor eminente; como verémos al remate de esta Historia.

Huyó siempre tanto la ambicion, y fue tan humilde, que siendo tan favorecido de los Principes y Reyes, jamás se sintió en él un ligero asomo de soberbia, ni arrogancia de válido, ni el menor humillo de privado: intercedia siempre por los pobres, no como favorecido, sino como abogado è intercesor.

Escusó entremeterse en materias de gobierno, retirandose en su celda, aunque en ello pudiese interesar la gracia de los mayores Principes: esto observó en la cabida que tuvo en tiempo de los Reyes Portugueses, no atravésó los umbrales de Palacio, menos que obligado de autoridad superior, à que no pudo negarse: acudia à las obligaciones de Religioso, tratando con los Principes las materias que como tal le encomendaban.

Esto platicó en ocasion bien notable. En el tiempo de las diferencias y pre-

pretensiones que hubo al Reyno de Portugal sobre la sucesion de esta Corona, à que Don Antonio, el Principe de Parma, y la Duquesa de Berganza y otros pretendian tener derecho, el Rey nuestro Señor Don Phelipe Segundo, legitimo sucesor de aquel Reyno, embió al Padre Maestro Fr. Hernando del Castillo, de quien hemos hecho mencion en otras partes, para tratar negocios de importancia: llevó en las instrucciones hablase al Padre Fr. Luis de Granada, y procurase ganarle la voluntad, y que inclinasse à su parecer y voto, por lo mucho que importára que acudiesse al mismo intento y le ayudasse hombre tan docto, tan acepto y reputado por santo. Hizo la diligencia Fr. Hernando, pidiéndole fuesse compañero, y quisiesse entender en caso de tanta monta, en que grangeaba la gracia de un tan gran Monarca. Respondióle Fr. Luis estas palabras: Padre Maestro, yo tengo por muy cierto y averiguado que este Reyno es de su Magestad, y le pertenece como à legitimo heredero de él; y quando no me valiera de las razones que para pensarlo asi hay, me bastaba saber que un Rey tan sabio, tan rico, tan poderoso y tan Christiano, y que no tiene necesidad de Reynos agenos, temeroso y amigo de Dios, caminando en todas las cosas con el consejo de hombres doctísimos y virtuosos; en esta que es de tan grande importancia, habrá hecho las diligencias que el caso requiere; no pretenderá sino lo que entendiere ser suyo y le pertenece de derecho. Lo que à mí me toca en esta parte, como à Religioso, es encomendarlo à Dios: eso haré de muy buena voluntad, quanto en mí fuere. Con esto le despidió: estuiose en su celda sin entremeterse en nada. Portóse con grandissima prudencia en el tiempo de estas alteraciones: eran ordinarias las occurencias en que se hablaba de los pretendientes de la sucesion del Reyno, materia sumamente peligrosa y odiosa. Evitó el varon prudente quanto pudo hablar en ella; y

quando era forzoso tocarla en presencia de los que seguian qualquiera de las facciones, solo decia: Yo no soy Castellano ni Portugues, sino Frayle de Santo Domingo: y con esta neutralidad pudo esperar cuerdamente el suceso de las cosas, y prometerse la gracia del sucesor.

Fue inimicissimo Fr. Luis de Granada toda su vida de tratar qualquier negocio temporal y publico; siendo verdad que podia manejar muchos, y salir bien de ellos: mas las cosas en que estaba ocupado, que pedian gran quietud de animo, eran tambien en beneficio de las almas; y à ningun hombre cuerdo puede parecer mal que un Religioso se esté en su celda, y que no tome à su cargo cosa que puede pasar por otra mano.

Esta fue la generosidad de animo del P. M. Fr. Luis de Granada, este el desprecio de las cosas del mundo: asi guardó su puesto; y entendiendo que nuestro Señor le havia elegido para Maestro de las almas, y que con sus escritos podia aprovechar la Iglesia, y siendo tan verosimil que con qualquiera puesto para él de autoridad è interes, se impedian estos bienes, estimó en menos quanto podia gozar en este mundo, por cumplir exactamente su santo ministerio. Consideró tambien que su doctrina, si bien en sí tan verdadera, pudo desacreditarse con alguno, si viera que discrepara de su vida. Fue asimismo esta tan grande renunciacion efecto de su profundissima humildad: no se juzgando suficiente para qualquier puesto grande, se acogió à la pequeñez è insuficiencia que de sí predicaba. Temió cuerdamente los peligros de los puestos altos; conoció la tranquilidad y seguridad de la celda; y las delicias y paz que en ella gozaba, no quiso perderlas ò aventurarlas. Havia bebido con abundancia de la fuente de agua viva que se le hizo en el alma; que saltando à la vida eterna, le quitaba la sed de todos los bienes temporales. Finalmente el desprecio de las cosas fue demostrador certissimo de la

gran pobreza de su espíritu, que fue estremada.

Puede afirmarse con toda verdad que fue el mas pobre Frayle de su tiempo, ó (moderando la proposición) que igualó á los que con mayor rigor profesaron la pobreza: que siempre en las Religiones ha havido Athlantes en esta gran virtud; mas al revés del que fingió la antigüedad: él tenia el mundo sobre la cabeza; los Athlantes Evangelicos tienen debaxo de los pies: con que están tan encumbrados, que se entran por las esferas del Cielo.

La celda del Padre Fr. Luis (continua habitacion suya) fue notablemente pobre, sin admitir curiosidad ó adorno, aun el decente; aborreció el superfluo. Esto es mas de admirar en un hombre que havia gobernado la Provincia, y era tan estimado en todo tiempo de Principes naturales y estrangeros. No havia en ella pintura rica, ni presca de estima; no libreria pomposa por numero de libros, ó calidad ó adorno; no tenia mas de los necesarios para el estudio á que se extiende la capacidad del hombre; no maquinas que solo sirven á la ostentacion y vanidad. Constaba la compostura de su celda, ó la pobreza compuesta, de dos grandes Cruces en las paredes, dos tablas de pintura, una de nuestra Señora, otra del Descendimiento de la Cruz, y algunas estampas de papel de Santos y Misterios con quien tenia particular devoción, fixas en la pared, dados de verde los margenes, porque como era casi ciego los pudiese vér: y pascándose por la celda, los andaba mirando y contemplando, y hablando con ellos amorosa y tiernamente. Tenia solas tres sillitas pobrissimas, dos de ellas con espaldares de xerga. Haviendo ido el Cardenal Riario, Legado de Gregorio XIII. á visitarle, sin haverle prevenido, no halló en qué sentarse, sino en dos banquillos toscos de pino, en que ambos se acomodaron; y estuvieron buen espacio hablando en cosas de Dios.

La cama igualmente pobre y peni-

tente, no se diferenciaba de las comunes de los Frayles ordinarios, sino en ser la suya mas pobre que las demás: no conoció el lino; constaba el lecho de dos mantas remendadas sobre un colchon delgado, que apenas defendia la dureza de las tablas, como ni las mantas del frio del hivierno, y era necesario valerse de los vestidos, debil y flaco socorro. Estando el Padre Fr. Luis enfermo, le embió á visitar el Serenissimo Cardenal Alberto quando gobernaba á Portugal. Contóle el criado los extremos de pobreza que viera en el Venerable viejo, mantas de paño groseras, consumidas del uso, y tenues y delgadas, tunica gruesa y aspera, y todo era tan viejo, que competia con su dueño: cama indecente para un hombre que merecia ser honrado con recados de su Alteza. Embióle el Archiduque Cardenal una cama cumplida de todas piezas, colchones, sabanas, mantas, conformes á la estima que tenia del enfermo, y pedía su edad y necesidad. (que una y otra era crecida) y seis camisas de olanda. Recibiólo cortés, y agradeció el regalo; que fuera groseria no admitille de un Principe tan grande: de ninguna cosa usó, mandandolo luego llevar á la enfermeria del Convento, sin quedar en la celda ni una pieza: tan asido estaba á su pobreza santa.

El vestido como la cama, pobre, y no menos penitente; su recamara trahia sobre su cuerpo: usó siempre tunica de lana, sin tener mas de dos; tenia unos solos habitos, y esos muy viejos; un sayo vilissimo, la capa vieja y remendada; nunca dexaba los habitos sino en el ultimo hilo. Averiguóse que le duró una capa doce años, y los zapatos, quando murió, havia nueve años los trahía: y le duráran otros tantos, que aun estaban de servir, ayudados con remiendos. Duróle un sombrero quarenta años, y usaba de él con estár tan deslucido: determinó mejoralle, y como tenia la muerte tan presente, pareciale no saldria de aquel año, y decia: Para un año bien

po

podré pasar con mi sombrero; con esto le entretuvo veinte y cinco años, perdiendose la cuenta de su nacimiento.

Con estos habitos era forzoso padecer mucho frio, no admitiendo, como diximos, brasero: y asi, quando en hivierno salia á decir Misa, llevaba su capa vieja doblada, que en aquella Provincia es de anascote y bien estrecha; y así cubierto con ella, se amparaba del tiempo, sin consentir otro reparo ó abrigo, aun rogado por su compañero, como vimos.

Era esta rara pobreza tan voluntaria y de su gusto, que no la dexó jamas hasta el ultimo aliento; si bien pudiera escusarla facilmente: tenia muchos amigos que á la menor seña le acudieran, antes le importunaban que aceptase de ellos siquiera lo necesario para vivir con un poco de alivio; que tenian poder y deseos para darle aun lo superfluo: mas de estos no queria nada, juzgando que cada uno ha menester lo que tiene en su casa, mayormente quando hay hijos.

No procedia esta estrechura y mengua de escasez ó cortedad natural, sino de un perfecto espíritu de pobreza; porque la generosidad de su animo con los proximos fue grande: tenia á la mano poco ó mucho dinero, ó de las impresiones, ó limosnas que le hazian de quien podia recibir las sin escrupulo (de que despues dirémos) nada convertia en su persona; quitábalo de la boca y de su cuerpo para alimentar los miserables. Ajustanle las palabras que dixo S. Geronymo del Santo Obispo Exuperio. Fue el bendito Fr. Luis de Granada imitador de la viuda de Sarephta, que hambriento sustentaba á otros, y el rostro macilento con ayunos le atormenta el hambre agena; toda su hacienda repartió á las entrañas de Christo, que son los pobres.

Estando el Duque de Alva D. Fernando en Lisboa, le ofrecia quanto regalo havia en su casa: admitió solo un pan, que recibia de limosna; y porque este era mas regalado que el que se daba en el Convento, le remitia á los po-

Tom. I.

bres sin tocarle. No tuvo jamás criado; él se servia: el compañero solo le ayudaba á rezar y curar en sus achaques, que él por sus manos no podia.

## CAPITULO IV.

De la oracion y penitencias del P. M. Fr. Luis de Granada.

**T**imidamente emprende este capitulo desplegar aquellas dos grandes alas con que este insigne varon voló á la cumbre del monte de la perfeccion christiana, la oracion, mortificacion y penitencia: pedian para hablar de ellas su espíritu y eloquencia; mas el Padre Fr. Luis, siendo tan dilatados sus escritos, con su profunda humildad no toca en sus cosas y persona con una leve palabra, de que pudieramos colegir algunas de sus virtudes; si bien se manifiestan en ellos: y así haviémos de valernos de congeturas que prueben bastantemente el intento.

El dón de oracion que tuvo el venerable Fr. Luis de Granada, fue como de Maestro: quiero decir, grande y aventajado: porque haviendole puesto nuestro Señor en su Iglesia para enseñar á los hombres como havian de orar y tratar con su Magestad Divina, ó con la boca, ó la mente; havia de concederle este dón en grado tan supremo, como era conveniente al ministerio. La razon (son palabras del santo Maestro á otro proposito) de donde esto entendemos, es, porque la divina sabiduria haze todas las cosas conformes á los fines para que las ordena: y así leemos que escogió á Oliab para Maestro de la fabrica del Arca, al gran Bautista para Precursor suyo, á Pedro para Vicario, á Pablo para Predicador de las Gentes: y es cierto que á cada qual hizo idoneo Ministro del ministerio para que le quisso. Conforme á esta doctrina, que es tan cierta, haviendo escogido Dios al P. Fr. Luis de Granada para Maestro y guia de la vida espiritual, que se sustenta to-

M 2

da

da en la oracion y trato interior con Dios, y havia de enseñar las mas secretas sendas de este dificultoso camino, convino que fuesse la oracion proporcionada al Magisterio.

Prueba el intento mismo el acierto con que trató la materia, la alteza con que habló de la oracion, el conocimiento que tuvo de esta virtud y su importancia: punto en que discurrió con milagrosa eloquencia en tantas partes: admiran los documentos, los avisos y reglas que dió para que se acertasse; los peligros que descubre para no errarse el camino. Cosas son todas estas, que si bien se aprenden en los libros, empero sin comparacion se alcanzan mas con las experiencias del retiro; con grande y profunda consideracion y práctica: todo descubre quan iluminado fue este Doctór Venerable. Sobre esto es digno de ponderarse que quando el P. Maestro escribió los libros de la Oracion, apenas en lengua Castellana havia libro de importancia que comprehendiessse la materia, à lo menos dispuesta con arte y methodo. El gran M. Fr. Luis de Granada fue el primero que con navegacion prosperissima descubrió estas ricas Indias, por aquel tiempo poco conocidas: despues ha sido facil multiplicar volumenes; y mas los del Padre Fr. Luis conservan y conservarán perpetuamente entera la estimacion que el dia primero.

Alcanzó este Magisterio, y ser tan primo en el arte, con el exercicio continuo de numerosos años, y muchas horas de oracion al dia: porque, como él enseñá, no basta para que la tierra fructifique un pequeño rocío de agua (que no haze mas que apagar el polvo y mojarla de fuera) sino es menester tanta agua, que cale hasta lo intimo de la tierra, y la dexé toda empapada en ella: así para que nuestra alma dé fruto de virtudes y buenas obras, no basta aquel pequeño rocío de devocion que à vuelta de cabeza con qualquier sol y ayre se seca, sino es menester una profunda oracion y devota, que como una gran-

de lluvia cale hasta lo intimo del corazon, y lo dexé empapado en ella, que ni soles ni ayres (quiero decir, ni negocios ni cuidados) puedan secarlo, ni sacarlo de donde está.

Este su aviso executó el P. Fr. Luis de Granada con una perseverancia increíble desde casa de Novicios hasta el ultimo dia de su vida. Despues de Completas (en que se hallaba siempre, como diximos en el primer libro, y distincion de tiempos que habló) se quedaba en el Choro, donde por espacio de tres horas continuas se ocupaba en oracion, y á de rodillas, yá en pie, ò postrado, ò puesto en Cruz, con abundantes lagrimas, gemidos y suspiros que penetraban el Cielo, con grandissima intension y fervor: remataba esta oracion tomando una rigurosa diciplina. A las cinco y antes de la mañana volvía à la oracion hasta Prima: estas eran las horas fixas, si es que algunas cesaba en este santo exercicio; porque leer continuamente libros de espíritu y documentos santos con gran juicio y atencion, ir dirigiendo y actuando aquellas verdades y doctrinas solidas, en que se estaba cebando su entendimiento, aficionando su voluntad, disponiendolas, dictándolas, escribiendolas, era muy buena oracion; pues su fruto principal es ilustrar el alma con verdades. Estas eran las dos ocupaciones en que pasaba los dias y las noches el venerable Fr. Luis: y se puede con toda verdad decir que su vida constaba de oracion. Y si, como él mismo dice, con el uso continuo de una cosa se haze un hombre maestro; el que estaba continuamente orando, qué no alcanzó en esta divina ciencia?

El argumento mayor de quan eminente fue en esta virtud son sus escritos; porque es verdad constante que todos los tratados que compuso, los estudió mas en la oracion que en los libros; que si bien están todos llenos de lugares de Santos, y de los Doctóres mysticos, y otros escritos de varones espirituales (no hubo cosa que no viesse) mas todas aque-

llas

llas flores se recogian en su venerable pecho, y con el calor de la oracion salía aquella agua de Angeles mas fragrante que los ambares y algalias. Y esto parece llano, por la gran facilidad con que escribía y dictaba; porque mas parecia que iba dictando lo que vía escrito, que lo que ocurría al entendimiento: dizelo así su compañero Fr. Francisco de Olivera, como testigo de vista, hablando del ansia ardiente del corazon de Fr. Luis del aprovechamiento de las almas. Solo esto pretendia, premeditando primero y tratando con Dios en larga y prolixa oracion lo que havia de dictar y dár à escribir: lo qual hazia con tanta facilidad, tan fuera de afectacion, que parecia no hazer mas que repetir lo que le havian dicho en la oracion. Y si los efectos deben tener justa correspondencia con las causas; si los escritos fueron tales, qual fue la oracion que los produjo? y de verdad no pudieran aquellos mudos caractéres arrojar de sí tan encendidas centellas, à no haverse fraguado en el fuego de una oracion encendida. Quien quisiere saber quales fueron las meditaciones profundas, fervorosas y tiernas, qual el sentimiento de Dios y de sus cosas; la penetracion de sus misterios, lea aquella divina semana de noches y mañanas, y otras partes en que habla de la vida y pasion de Christo; que ellas prueban la intension de su oracion, los profundos discursos de este varon divino. Quien saber las virtudes que pedía, y el modo cómo clamaba, vea tantas y tan admirables oraciones esparcidas por todo el discurso de las obras. Usó de todos los medios que él propone para conseguir esta virtud, sacados de la experiencia y practica con que llegó à la alteza de la perfeccion que vemos.

No es la menor prueba de esta verdad el catalogo de sus heroicas virtudes; aquel prodigioso desprecio de sí mismo, aquella rara humildad y desestima de las cosas humanas, efectos eran de las grandes luzes que Dios comuni-

caba à su alma, y regalados favores que le hazia: y estas virtudes solidas y perfeccion de vida son los testigos mayores de la fineza y solidéz de su oracion: que comunmente hablando, sin ella es imposible haver virtudes, no digo grandes, sino moderadas.

El haver sido favorecido de Dios con grandes favores sobrenaturales, es muy verosimil: es muy conforme al estilo de la divina bondad; à tan grande perseverancia, à tan crecidos ruegos corresponder con grandes misericordias; y parece imposible perseverar tantas horas en la oracion de la noche sin grandes ayudas del cielo, y avenidas de aquel rocío dichoso que fecunda las almas. Encomendó el secreto en estas cosas; guardó lo que havia enseñado: mas haver gozado de estos favores divinos, es suficiente prueba la deposicion del V. Antonio Váz; de quien diximos que afirmaba haver visto al P. M. arrobado en el pulpito, bañado todo de llamas. Y aquel Señor que le favoreció con tal demostracion en publico, no se le esquivaría en el silencio de la noche, en el rincón del Choro.

En la oracion vocal fue advertidísimo: las Horas Canonicas, que por la edad ò enfermidades penosas no podia tener en el Choro, las rezaba en la celda con atencion y devocion singular: baste por prueba de esta verdad un suceso. Havia predicado un dia su compañero, y pasado la noche antes con el cuidado y desvelo que suelen los que desean dár buena cuenta de sí: estando rezando con el P. Fr. Luis Maytines, le sobrevino tan pesado sueño, que sin poderlo resistir se rindió de suerte, que no respondió al verso: el Maestro le tiró tan reciamente de la oreja, que pareció se la arrancaban: despertó con gran dolor y gemido, y le dixo: Padre Maestro, qué es esto? El le respondió con gran quietud y sosiego: Padre mio, quien habla con Dios, ha de estar muy despierto.

Batía al mismo tiempo el P. M. Fr. Luis



Luis la segunda ala de la mortificacion y penitencia: que para hazer derecho el vuelo, se han de mover igualmente. Asi lo dicen los Maestros de espiritu, que no puede haver oracion buena, si la mortificacion no la acompaña; ni esta puede mantenerse, si la oracion no la fomenta.

De la mortificacion interior hemos discurrido mucho: el desprecio de sí mismo, el envilecerse y apocarse, es el extremo mayor de mortificacion que puede considerarse. La composicion interior y exterior tan rara, la modestia de los ojos, el freno en todos los sentidos, la moderacion de todas sus acciones, de donde procedian, sino de una vio lenta fuerza que se hazia?

De sus asperezas corporales y mortificacion continua hemos dicho algunas cosas en los capitulos pasados: andan tan hermanadas estas dos virtudes, la pobreza y penitencia (si yá la pobreza sola no es penitencia rigurosa) que en una accion suelen concurrir ambas comunmente. La camisa de estameña gruesa y aspeña, la cama dura, los habitos rotos ò remendados, muestran la pobreza de Fr. Luis, y juntamente la aspereza con que trataba su cuerpo. El desabrigo en un hombre anciano, y tolerancia porfiada de los frios y otras inclemencias es una mortificacion muy molesta, de poco ruido, pero de grande merito. La comida fue siempre moderada, la que dá la Religion, muchas veces desabrada y fria. Baxaba con la Comunidad al Refitorio, y de su porcion quitaba buena parte para el pobre: y si por la vejez y enfermedades se dispensaba con él, paraba todo el regalo en una escudilla de mal caldo, y un pedazo de vaca mal cocida y dura, (usascen Portugal mas que el carnero) y para quien no tenia dientes ni muelas, era mas tormento que comida. A la noche no pasaba la cena de dos huevos, como en otro lugar diximos. Bebia muy poco vino, y ese en demasia aguado, casi sin sabor de vino: todos los regalos que le hazian (era

Predicador) los embiaba à los pobres. Desazonaba de mil maneras el gusto; comia de los pepinos los extremos, que es extremada amargura. Maceraba su cuerpo con rigurosas diciplinas cada dia, mas ò menos asperas, segun los tiempos: usaba unas gruesas, y otras de rosetas. Los cilicios continuos de cerdas, para de ordinario bien asperos, de hierro tambien delgado, y hoja de lata, de que hazen los rallo: en Quaresma y dias particulares usaba de los mas rigurosos instrumentos. De estas alhajas poseía diferentes generos, y como de cosa amada, solo de ellas tenia llave.

Despues que llegó à los ultimos tiempos de su edad, que Dios para beneficio comun fue servido de extenderle hasta los ochenta y quatro años, fue remitiendo algunas cosas de los rigores referidos: que quando la vida humana por la demasiada edad torna à la flaqueza de la infancia; y quando la lengua fastidiada no siente yá sabor en el gusto, los dientes se han caído, ò nadan en la boca, el estomago no digiere, y en fin todo es trabajo y dolor, ninguno puede culpar que sea aliviado de los pesos comunes quien desde la mocedad llevó el yugo con constancia.

#### CAPITULO V.

De otras virtudes del P. M. Fr. Luis de Granada.

Podemos afirmar por verdad cierta que la doctrina toda que enseñó el P. Fr. Luis en sus escritos, fue un exemplar de su vida, espejo de sus virtudes, y que en ellos respandee quales fueron. Seneca en el capitulo treinta y dos de la Vida bienaventurada, habiendo puesto la doctrina de algunos Philosophos, que aconsejando el manejo de los negocios publicos, havian vivido retirados, pregunta: *Ad summum an ex præceptis suis vixerunt Cleantes, Chrysippus, & Zenon? Non dubitè respondebis, sic illos vixisse quemadmodum di-*

*verunt esse vivendum.* Ultimamente pregunto: Cleantes, Chrysipo, y Zenón, si vivieron conforme à los preceptos que dieron? Responderás sin poner duda, que asi vivieron, como dixeron que se havia de vivir. Hizole gran disonancia que desdixese la vida y la doctrina. Por la fuerza que haze este argumento, el gran Padre de la Iglesia San Gregorio en el libro segundo de los Morales, capitulo treinta y seis, prueba la excelencia de la santidad del bienaventurado San Benito, con la regla que dexó à sus Monges, tan santa, tan Evangelica, tan maestra de todas las virtudes; afirmando que no pudo el glorioso Patriarca vivir de otra manera de lo que en ella enseñó: *Cuius si quis velit mores vitamque cognoscere, potest in eadem institutione Regule omnes magisterii illius actus inventire; quia sanctus vir nullo modo potuit aliter docere quam vixit.* De que inferet tambien el docto Coronista de su Orden, quan grandes fueron las virtudes del Santissimo Pontifice Gregorio, à quan alto y heroyco grado de perfeccion llegaron, por haver, en los libros que escribió de los Morales, hablado mas altamente de las virtudes, y enseñado mayores primores de ellas, que jamás hasta su tiempo, ni despues se havian escrito; lo qual no pudo ser sin un gran conocimiento de su esencia, alcanzado con la platica: y siendo en los Santos una cosa misma el decir y hazer, el enseñar y obrar; si seguiese claramente que si el gran Doctor San Gregorio fue el que con mas ventajas enseñó la ciencia de las virtudes y perfeccion Christiana, que su vida fue perfectissima, santissima y purissima. Puede afirmarse de todos los Escritores Evangelicos lo que de sí el Abad Juan, de los Padres antiguos del desierto: *Nec unquam verbis alios docui, quod ipse factis non præstitissem.* Ni enseñé à otros con palabras lo que no havia executado primero con las obras.

Conforme à estas verdades tan ciertas, podemos afirmar aseveradamente

que nuestro Padre Fr. Luis de Granada asi vivió, como enseñó que se havia de vivir. Y el que quisiere saber quales fueron sus virtudes, sus costumbres y vida, lea despacio sus escritos, que alli le hallará estampado: todo lo que alli enseña, obró; porque tan gran varon no pudo vivir de otra manera de la que havia enseñado. Y esto se puede afirmar con menos duda en los libros del P. M. Fr. Luis de Granada, que mas parece se escribieron con el corazon que con la pluma. Su devocion, la promptitud y aliento que tuvo para bien obrar, y para el cumplimiento de los mandamientos de Dios y de las cosas de su servicio, fue la que enseña en el libro que trata de esta virtud ò alma de las virtudes: executó todos los medios que alli pone para alcanzar la devocion hasta conseguirla. Qué diré del alto conocimiento de los beneficios divinos hechos à los hombres? Es casi la principal materia de sus libros. Cómo pudieron escribirse los primeros capitulos de la Guia de pecadores, à no haverlos penetrado y agradecido afectuosamente? Cómo se havia obligado à amar y seguir la virtud quien tantos titulos halló para abrazarla? El que asi averiguó sus privilegios, cómo los tenia experimentados en su alma? Quién dió tan alta doctrina de la virtud, como la havia seguido? El que enseñó tales y tan santas reglas de bien vivir, cómo vivia? *Quia sanctus vir nullo modo potuit aliter docere, quam vixit.*

Mas vengamos à algunos particulares que con los hechos y exemplos que nos dexó, confirmen lo que hemos dicho.

De la excelencia de la virtud de su fé nos quedó un ilustre testimonio en su Introduccion al Symbolo; y no lo prueba menos el libro de la Doctrina Christiana. Fueron estos escritos efectos de su gran fé, que como impaciente en el venerable pecho, esparció tan grandes resplandores. Habló en el primer libro de Dios, lo que alcanza la cortedad humana, de la inmensidad y grandeza de sus perfecciones, con el decoro y elo-